



Herman Melville
Viajar

Traducción de Elisabeth Falomir Archambault

Herman Melville, uno de los autores más venerados de la literatura americana y universal, no tuvo en vida el reconocimiento que mereció. Entre las variadas actividades que ejerció, se encuentra la de conferenciante, faceta poco conocida en su historial literario, y que nos dejó los tres deliciosos textos que reúne este volumen, cuyo hilo conductor es el viaje: «Viajar, Los Mares del Sur y Estatuas de Roma».

El primero de ellos, es una pequeña e inestimable introducción al viaje, que nos habla de sus grandezas y servidumbres, de la filosofía con que debe acometerse.

En «Los Mares del Sur», el viajero impenitente que recorrió el Pacífico y profundizó en él como pocos, hace un canto a esa inmensa extensión de aguas apenas poblada y tan llena de historia; rinde tributo a los pioneros españoles que lo descubrieron y colonizaron, y nos habla de su propia historia como navegante, experiencia que dio lugar a obras inolvidables.

Melville, gran amante de Italia, reflejó en «Estatuas de Roma» una faceta menos conocida pero no poco importante en su obra: su admiración por la civilización de Roma, por su cultura y su arte, al que homenajea aquí magistralmente con un personal recorrido por las estatuas de la ciudad eterna y las villas que la rodean.

Prólogo

Herman Melville, uno de los autores más venerados de la literatura americana y universal, no tuvo en vida el reconocimiento que mereció. Tras el fulgurante éxito de sus primeras novelas, que situó en los Mares del Sur, su estela popular se fue apagando. Su obra, sin embargo, siguió creciendo y enriqueciéndose en temas, tratamiento y profundidad, como atestigua *Moby Dick*, publicada a los 32 años, ante el desdén de una crítica ignorante. *Moby Dick* no conoció la popularidad en vida del autor. Una de las consecuencias de esa decreciente popularidad fue la precariedad económica en la que vivió. Entre las variadas actividades que desempeñó —además de marinero, fue profesor, granjero e inspector de aduanas en Nueva York— se encuentra la de conferenciante, poco conocida en su historial literario, que ejerció entre 1858 y 1860, y que nos dejó los tres ensayos que reúne este volumen: *Viajar*, *Los Mares del Sur* y *Estatuas de Roma*, cuyo hilo conductor es el viaje.

Esencialmente desconocidos por el lector en castellano, los textos en los que basó sus conferencias, que dictó en numerosas ocasiones y por tanto revisó, tienen el mayor interés. *Viajar*, el primero y más breve de ellos, es una pequeña introducción al viaje por este conspicuo viajero, que nos habla de sus grandezas y servidumbres, de la filosofía con que debe acometerse. Un texto imprescindible, cómo no,

para todos los aficionados a viajar: viajeros a los que Melville quiere «jóvenes y despreocupados, dotados de talento e imaginación».

Los Mares del Sur, una verdadera delicia en la que el viajero impenitente que recorrió el Pacífico y profundizó en él como pocos, hace un canto a esta inmensa extensión de aguas apenas poblada y tan llena de historia. Melville rinde tributo a los pioneros españoles que descubrieron y colonizaron el Pacífico; nos habla de su propia historia como navegante, experiencia que dio lugar a inolvidables obras — que se contaron, en vida del autor, entre las pocas que le hicieron popular—. Nos traslada la mentalidad de los pobladores de esas islas paradisíacas y, antropólogo adelantado a su tiempo, critica el etnocentrismo de los occidentales y la actitud prepotente que pretendía la superioridad de «nuestra civilización» frente a la de aquellas culturas felices en su sencillez.

El último texto, *Estatuas de Roma*, refleja una faceta menos conocida pero no poco importante en la obra de Melville y, sobre todo, del máximo interés para el lector de cualquier tiempo: su admiración por la civilización de Roma, por su cultura y su arte, al que homenajea aquí magistralmente con un personal recorrido por las estatuas de la ciudad eterna y las villas que la rodean. Melville fue un gran admirador de Italia, a donde viajó en 1857, experiencia que le dejaría una huella profunda. Gran lector de los clásicos, su admiración por la civilización romana se había forjado a lo largo de los años y explotó con su viaje a Italia, largamente deseado. Estas *Estatuas de Roma* son un tributo a la ciudad y a la civilización, a sus modestos pero inmensos escultores, lleno de inteligencia y de emoción.

Herman Melville (1819-1891)

Viajar

En el solitario macizo montañoso de Greylock se encuentra un profundo valle llamado «The Hopper», amplia y reverdecida región olvidada en el corazón de las colinas. Supongamos que una persona nacida en dicho valle no conozca nada de lo que se encuentra más allá, y que un día decida escalar la montaña: ¡con qué emoción contemplaría el paisaje desde la cima! Le apabullaría y hechizaría tanta novedad. Este tipo de experiencia refleja perfectamente el principal placer de viajar. Cada hogar es una suerte de «Hopper» que, por seguro y agradable que sea, aísla a sus habitantes del mundo exterior. Los libros de viaje no satisfacen el ansia: tan solo estimulan el deseo de ver.

Para ser un buen viajero y obtener del viaje verdadero placer son necesarias varias condiciones. La primera consiste en ser joven y despreocupado, dotado de talento e imaginación: si se carece de estas virtudes, es mejor quedarse en casa. Además, si se viene del Norte, la primera parada deberá hacerse un día hermoso, en un clima tropical, rodeado de palmeras y risueños indígenas alegremente vestidos, y para disfrutar así plenamente de los placeres de la novedad. Si no se poseen estas virtudes y se es además de naturaleza algo amargada, se podría incluso viajar al Paraíso y no lograr con ello ningún placer, pues la alegría es prerrogativa de las naturalezas festivas. Resulta esencial ser un

buen paseante, ya que el viajero solo puede obtener placer y conocimiento al descubrir museos, magníficos jardines, catedrales u otros lugares de sosegada visita si posee esta cualidad. Pero el placer de abandonar el hogar, despreocupado, sin otro objetivo más allá del disfrute, también se acompaña del placer de la vuelta al viejo y querido hogar, a la casa a donde, tras un largo viaje, el corazón siempre regresa con gusto, olvidando el peso de sus ansias y preocupaciones.

No debemos aspirar a un placer puro: tanto el placer como el sufrimiento forman parte del viaje. Tal y como dijo Washington Irving, un viaje por mar, con las emociones, la falta de confort y la forzada disciplina que implica, es una buena introducción a un viaje al extranjero. Pasaremos por alto los pequeños contratiempos, las molestias propias de Egipto e Italia, es decir, las pulgas y otros bichos, por mucho que estos de ningún modo estén dispuestos a pasar por alto al viajero. También el pasaporte es fuente de constante inquietud. Se aprende con rapidez, por los requerimientos oficiales, aquello que se convertirá en una constante: «Abrir el pasaporte es abrir el monedero», y las interminables formalidades al final de cada viaje no hacen más que recordar el suplicio soportado. El acoso y la extorsión de los guías —no solo de los canallas algo toscos, sino también de aquellos que combinan la cortesía más pulida con la vileza más refinada— son otro importante obstáculo al placer, aunque, si se tienen en cuenta las extorsiones mil veces peores que sufren los inmigrantes en nuestro país, debemos reconocer que Europa no es el hogar de todos los picaros. Sin embargo, existe un método infalible para ahorrarse estas preocupaciones: tener los bolsillos llenos. Pague a esos pillos, ríase y siga su camino. También daremos con hombres buenos, honestos y humanos, pero no son mayoría.

Por lo que atañe a los beneficios del viaje, debemos deshacernos cuanto antes de algunos prejuicios. El norue-

go que viaja a Nápoles disfruta tanto del clima que hasta olvida las miserias del gobierno. El matador español, que cree ciegamente en el dicho «cruel como un turco», constata en Turquía que las gentes son respetuosas con los animales; admira los caballos dóciles, siempre dispuestos, obedientes, extremadamente inteligentes, que, sin embargo, nunca han sido golpeados; vuelve por tanto a sus corridas con una visión muy diferente de su propia humanidad. El hombre de negocios viaja a Tesalónica y descubre que los infieles son más honrados que los cristianos. El anti-alcohólico militante descubre en Francia un país en el que todo el mundo bebe y nadie está ebrio. Aquel que tiene prejuicios sobre el color de la piel descubre varios cientos de millones de personas de todos los matices de color posibles, de todos los grados de inteligencia, de todos los rangos y medios sociales: generales, jueces, curas, reyes, y aprende a renunciar a su estúpido prejuicio.

El viaje también abre nuestro espíritu a los detalles. Nuestro enfoque sobre la vestimenta se ve en gran medida modificado, y la noción de confort toma más relevancia. También la barba, estos últimos años, ha retomado su verdadero valor gracias a nuestra experiencia del viaje. En la decoración de nuestras casas se ha sustituido el blanco mortecino por los frescos. Dios es generoso con los colores, y el hombre debería imitarlo.

El viaje es, para un espíritu noble, como un renacimiento. Tiende a enseñarnos una profunda humildad, ampliando nuestro altruismo hasta abarcar la humanidad al completo.

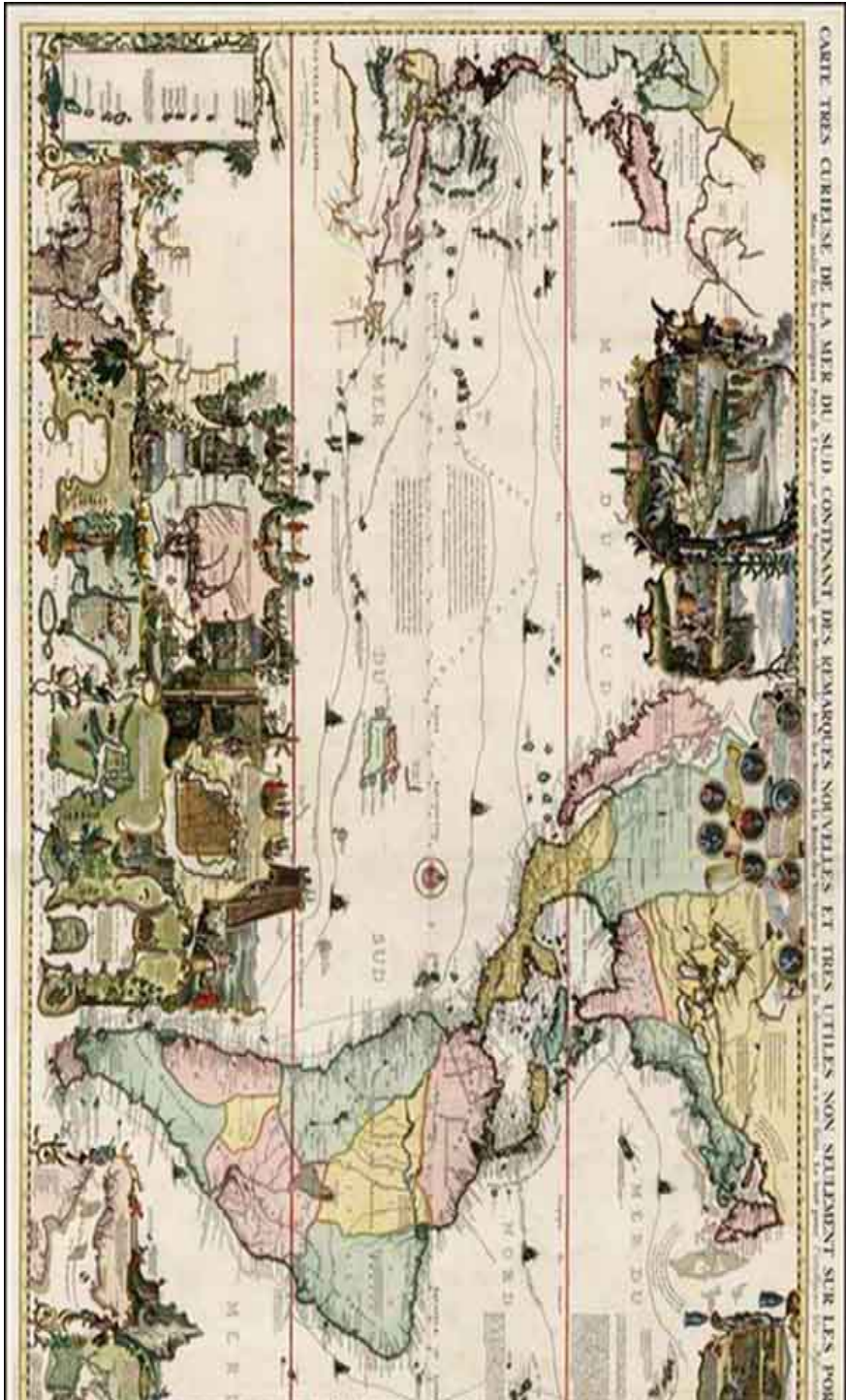
Entre sus beneficios secundarios se cuenta el de comprobar, con nuestros propios ojos, los logros más sobrecedores de la naturaleza o del hombre, y cómo cada individuo los aprecia de distinta forma según su personalidad. Pero podemos valorarlo incluso leyendo y comparando las obras de todos los escritores viajeros. Es lo que hacen los grandes hombres que aspiran a viajar. Richter deseaba ver el mar. Schiller pensaba tanto en el viaje que llenó sus sue-

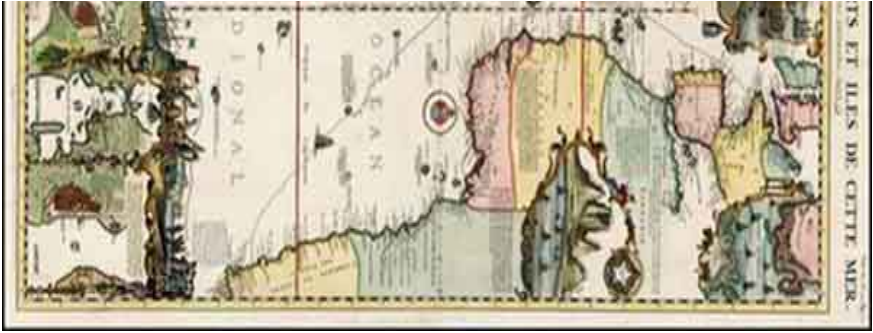
ños de lejanos paisajes. El doctor Johnson alimentaba el mismo deseo, exagerando incluso las ventajas que este implicaría. Es importante tener alguna facilidad para los idiomas para sacar provecho del viaje, y hablar al menos un francés fluido. En los países del Levante, donde se cruzan todas las naciones, la gente humilde habla media docena de idiomas, y a menudo una persona que se considera bastante culta se ve, en aquellos lares, avergonzada por su ignorancia.

Se ha barajado la construcción de un enlace directo, por vapor, entre Nueva York y algunos puertos mediterráneos. De esta forma, el viajero podría acceder al viejo mundo por la puerta grande, en lugar de utilizar, como hasta ahora, la entrada trasera.

Inglaterra, Francia, el Mediterráneo: no es necesario insistir en sus atractivos. Pero, dado que el viaje implica novedad y cambio de aires, y que estos son esenciales en una vida sana, no dejemos que unas circunstancias restringidas nos disuadan. Viajar por Florida nos ofrecerá gratos placeres y muchos espectáculos enriquecedores. Incluso ir a Nahant, si no resulta posible ir más lejos, es *viajar*. Para un inválido, cambiar de habitación es ya un viaje, es decir, un cambio. Descubrir horizontes, explorar nuevas ideas, romper con viejos prejuicios, abrir el corazón y el espíritu: tales son los verdaderos frutos de un viaje correctamente realizado.

Los Mares del Sur





El tema de nuestra conferencia de esta noche, «Los Mares del Sur», podría parecer si no ambicioso, al menos sí demasiado amplio, pues se ocupa, según las autoridades, de una proporción de la superficie terrestre que no oso pronunciar: en resumen, más de la mitad del planeta. Tenemos por tanto ante nosotros un tema amplísimo, y mucho me temo que no seamos capaces de abarcarlo en su totalidad de forma exhaustiva esta noche.

Para evitar cualquier malentendido al respecto, deseo que no esperen de mí que repita aquello que ya se publicó sobre mis aventuras en Polinesia. Me propongo abordar temas de un interés más general y hablar de modo informal de los Mares del Sur en su conjunto, bajo diferentes aspectos, añadiendo, si se presenta la ocasión, algunas pequeñas anécdotas personales susceptibles de ilustrar mi tesis.

«Mares del Sur» es un término que designa, sencillamente, el Océano Pacífico. Entonces, ¿por qué no decir simplemente «Océano Pacífico»? Porque se pueden apreciar ciertas viejas reminiscencias que asocian la expresión «Mares del Sur» a antiguos y hermosos libros de viaje, llenos de ilustraciones grabadas en nuestra memoria.

Pese a que estos venerables volúmenes se hayan quedado algo obsoletos, no por ello dejará el lector de apreciarlos gracias a ese viejo nombre que contienen, al igual que la vieja South Sea House^[1] de Londres seguía siendo venerada por Charles Lamb. Aquel que la haya leído no podrá olvidar esa anticuada descripción, esa introducción a

los *Ensayos de Elia*^[2] en los que evoca las viejas oficinas grisáceas y encantadas de la anteriormente célebre South Sea Company, semejantes a las de Balclutha, los viejos artesanos de roble en los que cuelgan polvorientas cartas de México e informes de sondeos de la Bahía de Panamá, los enormes sótanos bajo los cimientos, en los que se hallaban entonces apilados dólares y doblones mexicanos en inmensos cofres destinados a consolar el corazón solitario de Mammón^[3].

Pero además de recordarnos estos antiguos libros, la hermosa descripción de Elia y de la gran «Burbuja de los Mares del Sur»^[4] que generó esta empresa, las palabras «Mares del Sur» son quizá de las más sugerentes, pues ofrecen a la imaginación un suave olor a sándalo y canela, y hacen más sabrosas las viejas aventuras de los bucaneros, todos esos instantes de ensoñación nacidos de viajes por esas aguas. En las aventuras del Capitán Dampier^[5] (ese eminente y excelente filibustero), no se lee más que «Mares del Sur». En los viejos viajes de Harris, y en otros numerosos relatos hallamos el mismo término, e incluso en 1803 comprobamos que el Almirante Burney prefiere la antigua denominación a la nueva, «Pacífico», nomenclatura que no logró extenderse más que en el presente siglo, pese a que todavía sea habitual tropezar con la antigua expresión bajo la pluma de grandes escritores.

Pero si esas aguas legendarias se encuentran a ambos lados del Ecuador y bañan tanto las orillas del Kamchatka al norte como la Tierra de Fuego al sur, ¿cómo pudieron entonces ser bautizadas con el nombre tan poco apropiado de «Mares del Sur»? He aquí lo que ocurrió: el istmo de Darien no es muy amplio y si uno se halla en su orilla, el océano parecerá encontrarse al sur; de esta forma y a poco que se ignore la configuración general de la costa, se puede deducir que se extiende totalmente en esa dirección. Así, resulta que Balboa, el primer hombre blanco cuyos

ojos admiraron estas aguas, se encontraba precisamente en esta posición y, debido al mencionado razonamiento, las bautizó como sabemos.

Las circunstancias del descubrimiento de Balboa no carecen de interés. En los primeros días de la dominación española sobre este continente, estaba al mando de una pequeña guarnición en la costa norte del istmo, y al haber escuchado decir que existía un enorme mar del otro lado (la costa no estaba muy lejos, pero el acercamiento resultaba difícil debido a una cadena de escarpadas montañas), decidió explorar la región. Podemos imaginar las dificultades a las que se enfrentó releando el relato, publicado hace algunos años, de las aventuras del Teniente Strain y de su equipo, que al igual que el español, recorrieron esta tierra primitiva y salvaje. También algunos bucaneros atravesaron el istmo, sufriendo penalidades en los límites de lo soportable. Balboa y estos filibusteros, sin ser más valientes, fueron sin duda más audaces, o tuvieron más suerte que el oficial americano pues, después de tantas penalidades, sus esfuerzos se vieron al fin recompensados.

Una tribu de indios que impedía el paso a Balboa le preguntó quién era, qué quería y dónde iba. La respuesta es un modelo de franqueza española: «Soy cristiano, mi objetivo consiste en predicar la verdadera religión y encontrar oro, y he salido en busca del mar».

Llegó al fin al pie de una montaña de la que le habían dicho que desde la cima podría ver el objeto de su búsqueda. Ordenó una parada y, cual Moisés, el devoto español «subió solo a la montaña». Cuando por fin vio el mar, cayó de rodillas y dio gracias a Dios por aquel espectáculo. Al día siguiente, armado con espada y coraza, sumergido en las aguas hasta la cintura, pidió a sus hombres y a los indios que testimoniaran que había tomado posesión de la totalidad de aquel océano, de todas sus tierras y de todos sus reinos, en nombre de su majestad el rey de Castilla y León. Vasco Núñez de Balboa, comandante de una pequeña

guarnición de Darien, fue un caballero con amplitud de espíritu y profunda grandeza de alma.

Si tuviéramos que embarcar y poner rumbo al cabo de Hornos, probablemente el viaje más largo que pueda hacerse en esta tierra, nos enfrentaríamos a numerosas tempestades y sufriríamos el intenso rigor de las heladas aguas. Pero después de haber atravesado el cabo, navegando hacia el norte por el Pacífico, nos veríamos arrastrados por hermosas brisas, y con rapidez alcanzaríamos aguas tranquilas bajo cielos soleados, y el aire se tornaría cada vez más suave a medida que avanzáramos hacia el norte. El contraste durante este periplo, del cabo de Hornos hasta las islas Galápagos, es más llamativo que un viaje de Nueva York a Cuba, en el que en espacio de una semana se pasa de la nieve a las palmeras.

El primer europeo que navegó por estas aguas tenía una sólida experiencia del mar. En realidad, Magallanes no tomó la ruta del cabo de Hornos, que todavía no había sido descubierta, sino que pasó por el estrecho que lleva su nombre. No por ello fue un viaje fácil, pues en este angosto y peligroso pasaje, en medio de la bruma y las borrascas antárticas, la navegación es particularmente peligrosa. Sin embargo, Magallanes logró atravesarlo y al ver ante él un bello y enorme océano, por suerte tranquilo y sereno, se sintió embargado por la emoción y, pese a ser un aguerrido marinero, rompió a llorar. Fue ese hombre quien le dio entonces al mar su segundo nombre: Pacífico.

Un día, mientras navegaba bajo los trópicos en el corazón del Atlántico, el aire caliente me hizo decir: «Cerremos las puertas del templo de Jano y soñemos». Pensaba que aquel océano, más que «Mares del Sur», hubiera merecido el nombre de «Pacífico». Pero los nombres nacen derivados de primeras impresiones, y al ser presentado en público, el Pacífico mostró su mejor cara: estaba de buen humor. Así, el gran mar siempre será llamado Pacífico, incluso por el marinero destinado a morir en uno de sus terribles tifones.